

ANTONIO ESCOHOTADO



LOS ENEMIGOS
DEL COMERCIO

UNA HISTORIA MORAL DE LA PROPIEDAD III


ESPASA

ANTONIO ESCOHOTADO

LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO

Una historia moral de la propiedad III

De Lenin a nuestros días



© Antonio Escotado, 2016
© Espasa Libros, S. L. U., 2016

Edición: Jorge Escotado Álvarez de Lorenzana

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito legal: B. 20.839-2016
ISBN: 978-84-670-4873-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

www.espasa.com
www.planetadeloslibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Huertas, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN	17
I. El medio y la herencia	20
1. La circulación de élites	24
2. La derivación estética	27
II. Círculos, espirales y fuentes de información	29
DE CÓMO PUDO SER DESTERRADO EL COMERCIO	
1. LA FORMACIÓN DE UNA CONCIENCIA BOLCHEVIQUE	41
I. El héroe circunspecto	42
1. Los fundamentos de la disciplina	44
2. Los compañeros de viaje	49
3. Anatomías comparadas	55
II. La inviable unidad de la izquierda	60
2. VELANDO LAS ARMAS, Y OBTENIÉNDOLAS	65
I. La ordalía de 1905	68
1. El ensayo de otra democracia	71
II. La financiación intermedia	75
1. El empujón definitivo	80
2. El ocaso de la eminencia gris.	84
3. Un último magnate providencial	87
3. EL QUINQUENIO DE LENIN	89
I. El programa inicial	91
1. Avances depurativos	94

II.	El Comunismo de Guerra	98
1.	El nuevo sentido del trabajo	100
2.	Labriegos y proletarios	104
III.	La evolución demográfica	110
1.	El escenario prosaico	115
4.	EL QUINQUENIO DE LENIN (II)	121
I.	El retroceso estratégico.	125
1.	La cuestión sindical y el organigrama gestor	129
II.	Del trauma a la desconfianza	131
1.	El ritual del relevo	134
2.	El opúsculo final	138

DE CÓMO RESULTÓ SER LA VIDA SIN COMERCIO

5.	LAS VÍSPERAS DEL MAÑANA	143
I.	El proceso hagiográfico	146
1.	La ortodoxia resultante	147
II.	El marxismo-leninismo como doctrina	150
1.	Complejidad y praxis	152
6.	LA SUCESIÓN DEL MESÍAS CIENTÍFICO	155
I.	La lógica superdemocrática	156
1.	De asamblea en asamblea	161
7.	EL GRAN SALTO ADELANTE	167
I.	Depurando el agro	169
1.	Pormenores del Gran Salto	173
2.	La sacralización del liderazgo	177
II.	El culto a lo masivo	180
8.	HACIA LA PLANIFICACIÓN TOTAL	187
I.	Una década después de Octubre	189
1.	Órdenes endógenos y exógenos	193
II.	La rémora del Diamat	196
1.	Capital y violencia	198
2.	El ensayo inicial de centralización	199
3.	La teoría del ciclo	202
9.	LA ADMIRACIÓN DEL MUNDO	207
I.	El Gran Terror	210
1.	La dialéctica inquisitorial	213

II.	Intentando entender a Stalin	215
1.	El censo de 1937	219
DE CÓMO EL MUNDO IMITÓ A LA URSS		
10.	TROTSKY Y ESPAÑA COMO HITOS	225
I.	El oro de Moscú	227
1.	Las interpretaciones	232
II.	El profeta desarmado	234
1.	El escalón ibérico	237
III.	El epílogo	240
1.	El asesinato como obra de arte científica	241
IV.	Un testamento moral	245
11.	LA PLEAMAR TOTALITARIA	249
I.	La volatilidad como nueva amenaza	250
II.	El totalitarismo latino	255
12.	LA PLEAMAR TOTALITARIA (II)	263
I.	La oferta nacionalsocialista	265
1.	La raza como pretexto	268
II.	El periodo indeciso	271
1.	El programa inicial	274
13.	COLABORADORES Y RESISTENTES	279
I.	El anacronismo de la oposición	282
1.	Tierra y sangre	284
II.	La resistencia específicamente cristiana	289
14.	EL COMUNISMO CONCEPTUAL	295
I.	Un marxismo en principio hegeliano	298
1.	Reificación y vitalidad	301
II.	Superando la economía vulgar	304
1.	Bujarin como singularidad	309
III.	Medio siglo después	314
15.	PROPAGANDA, SEXO Y POESÍA	317
I.	Genios iniciales del masaje ideológico	320
1.	El rastro del condicionamiento	323
II.	Sexo y revolución	324
1.	Teatro y revolución	329
III.	Versiones alternativas del éxito	332

DE CÓMO ALGUNOS EQUÍVOCOS
EMPEZARON A DESPEJARSE

16.	EL ATARDECER DEL ENTUSIASMO	337
	I. Dos turistas	338
	1. Jurisprudencia y arte	341
	II. El porvenir del compromiso	344
	1. La violencia humanista	346
17.	UNA ZAMBULLIDA EN LO INCONSCIENTE	351
	I. Moral y enfermedad mental	353
	1. La instancia censora	356
	II. Impulsos y civilización	358
	1. Otros mecanismos culturales	362
	2. La exigencia imprudente	364
18.	EL PANORAMA DE POSGUERRA	367
	I. Un bosquejo del horror dejado atrás	369
	1. La confraternización occidental	375
	II. Modos alternativos de planificar	375
	III. Prolegómenos de la Guerra Fría	379
	1. La obsolescencia del remedio	382
19.	HACIA UNA CRÍTICA DE LA AFLUENCIA	387
	I. La industrialización del pasatiempo	388
	1. Mediocridad y gregarismo	391
	II. El consumismo como totalitarismo	395
	1. Las aberraciones de una razón desenfrenada	396
	2. El pionero melancólico	399
20.	HACIA UNA CRÍTICA DE LA AFLUENCIA (II)	403
	I. La gente y uno mismo	404
	II. La expresión acabada del duelo	408
	1. La inutilidad como prerrogativa	411
21.	UNA ACRACIA NEORROMÁNTICA	417
	I. Una revolución comunista democrática	418
	1. El potencial subversivo del goce	422
	II. Un eje de sincronías	427
22.	UNA ACRACIA NEORROMÁNTICA (II)	433
	I. La incorporación del estudiante	434
	1. La discriminación como síntoma	435
	II. La izquierda norteamericana	438

III. Morir de éxito	442
1. El penúltimo Marcuse	443
2. El <i>black power</i>	447
3. El <i>flower power</i>	450
4. La invitación a retomar las armas	456
23. UN ICONO DESLUMBRANTE	459
I. La generación de la afluencia	460
1. La formación del héroe	462
2. Prometeo encadenado	465
3. Ambigüedades de la liberación	467
4. Pasión y muerte	471
24. MANEJANDO LA DESESPERACIÓN	475
I. El retorno de la iniciativa a París	476
1. Progresos en reciprocidad	478
2. Malentendidos en torno al fin	480

DE CÓMO EL INCONFORMISMO PROSPERÓ

25. LA ANGUSTIA COMO BRÚJULA	489
I. Entre la desolación y el denuedo	491
1. Los límites del absurdo	496
2. La relatividad de la justicia	499
26. EL DESGASTE DE LA PAZ	503
I. El proceso descolonizador y el Imperio ruso	506
1. Las democracias populares	511
II. La RDA como piedra de toque	514
III. Un apunte sobre Alemania occidental	521
1. Las inseguridades de la seguridad	522
27. LA EVOLUCIÓN SOVIÉTICA	527
I. Los fundamentos del Deshielo	529
1. Del dicho al hecho	532
2. Un apunte sobre Mao	536
II. Progresos en la fosilización	539
1. El penúltimo bucle	542
28. LA RAZÓN Y LA FURIA	549
I. Un marxismo posmoderno	551
1. La afrenta colonial como renacimiento	554
2. La forma y el contenido	558

II. La mercancía en tiempos de abundancia	562
1. Mercancía y espectáculo	564
2. Política de ademán y tesis sustantivas	566
29. EL GRAN ALZAMIENTO Y SUS ECOS	569
I. Revolución, psicodrama y carnaval	571
1. Los matices de un sujeto complejo	574
II. Otras sedes del <i>annum mirabilis</i>	579
1. La desconcertante paz	582
2. El colapso de la distancia	585
30. GUERRILLA E IMPLOSIÓN	589
I. Las rentas del resentimiento	590
1. Claques, asambleas y «ganas tremendas de no ser un grupito de nada»	593
II. Recobrando soluciones siempre precarias	598
1. El bienestar soviético	602
31. UN AVE FÉNIX	609
1. Altermundismo y conspiranoía	612
2. Últimos enemigos del comercio	615
3. Grados de incertidumbre	619
CODA	623
1. La pureza y el contagio	627
BIBLIOGRAFÍA CITADA	631
ÍNDICE ANALÍTICO	647

1

LA FORMACIÓN DE UNA CONCIENCIA BOLCHEVIQUE

«¡No habrá piedad para los enemigos del pueblo trabajador! ¡Guerra a muerte contra los ricos y sus acólitos! Esos enemigos deben ser vigilados estrechamente, y castigados sin piedad por la más mínima violación de las leyes y reglamentos. Cualquier muestra de debilidad, vacilación o sentimentalismo a ese respecto sería un crimen inmenso contra el socialismo»¹.

Como algún lector recordará, el volumen previo concluye con algunas observaciones de Bertrand Russell sobre el presente y futuro de Rusia, un país al que llega como comunista entusiasta y del que parte sin cambiar de ideario, aunque decepcionado por su manera de acometer el empeño² y, en particular, por Lenin, con quien conversa un buen rato a solas en abril de 1920.

«Me explicó jovialmente cómo había excitado a los campesinos pobres contra los ricos, “y estos pronto pendieron del árbol más próximo”. La carcajada que siguió a sus palabras me heló la sangre»³.

¹ Lenin, «Cómo organizar la competencia», *Pravda* (5/1/1919).

² «Por necesario que pueda resultar, me parece maligno que la enseñanza del comunismo se verifique emocional y fanáticamente, no apelando a una razón constructiva sino al odio y al ardor militante, maniatando al intelecto y destruyendo la iniciativa» (Russell 1920, pág. 13).

³ *Ibíd.*, pág. 168.

La expresión estentórea de aquel día solo puede entenderse como un reír por no llorar, pues los campesinos estaban muy lejos de responder a su llamamiento, y meses después se vería obligado a permitir que volviesen a vender sus productos. Sin perjuicio de ilustrar sobre el carácter de Russell, el dato aportado nada añade sobre lo pertinente del caso, que es cómo pudo su interlocutor llevar año y medio instalado en el Kremlin, y más adelante convertirse en el Cristo de la conciencia roja, pues añadir adjetivos peyorativos o laudatorios apuesta de un modo u otro por infantilizar al lector. Como el resto del género humano, los héroes históricos son aquello que dijeron e hicieron, y basta poner eso en claro para acercarse a la objetividad.

En cualquier caso, Lenin es solo la figura más destacada de un espíritu vengador inmemorial en aquellas tierras, que tras renovarse con Bakunin, Nechayev y Tkachov asimila poco después a Marx, en el marco de crecientes proezas terroristas⁴, hasta cristalizar como espíritu específico en 1903, con ocasión del segundo Congreso del Partido Socialdemócrata Ruso (PSDR). Desde entonces hasta hacerse con el poder en 1917, el bolchevismo va formándose gracias fundamentalmente a sus desvelos, combinados con los primeros pasos de Trotsky, Stalin, Zinoviev, Kamenev y Bujarin, sus principales colaboradores, y un breve apunte sobre temperamento e iniciativas precoces de cada uno ahorra explicaciones retrospectivas cuando accedan a las riendas del gobierno.

I. EL HÉROE CIRCUNSPECTO

Ilich Ulianov, el padre de Lenin, fue un prototipo del nuevo rico surgido durante el reinado de Alejandro II, que partiendo de orígenes humildes llegó a inspector general de Educación en una provincia —con derecho al tratamiento de «su excelencia»—, y dejó a la familia bien establecida⁵. En 1886 una hemorragia cerebral le ahorró saber que su hijo mayor, Alexander, sería ahorcado un año más tarde por

⁴ Hasta Sendero Luminoso, los anales del mundo no recuerdan nada comparable a las «hazañas» consumadas entre 1905 y 1913, que arrojan más de tres muertos o mutilados por día; véase vol. II, págs. 643-644.

⁵ Tanto él como su esposa fueron «misioneros culturales, que impresionaban a todos por su compromiso con la ilustración» (Service 2000, pág. 25). Guardándose

preparar personalmente la bomba destinada a Alejandro III, dando pruebas de una bravura no exenta de respeto filial. Cuando la madre logró visitarle, «se arrodilló a sus pies y suplicó su perdón, porque no pediría clemencia e iba a aprovechar el juicio para dar publicidad a las ideas revolucionarias»⁶.

Dos años después, su viuda volvió a pensar en el suicidio viendo morir de tifus a una hija de diecinueve años, mientras descubría el compromiso comunista de Vladimir, cuyas arengas en distintos círculos no tardaron en cargarle con un año de prisión y más adelante tres de un destierro siberiano «cómodo», pues vivió allí con servicio doméstico en una zona famosa por su microclima templado. Como esa detención provocó también la de su hermana mayor, Ana, y eventualmente el compromiso comunista de Dimitri y María, los hermanos menores, tener a sus cuatro hijos encarcelados o desterrados en lugares muy distantes supuso para ella pasar buena parte del tiempo visitando uno u otro. Tras intentar en vano que su Volodya eligiese alguna ocupación serena y lucrativa, María Alexandrovna consideró un mal menor sufragarle la vida en Europa, donde permanecerá como *rentier*⁷ en las principales ciudades, organizando su facción y editando revistas entre 1900 y 1917, salvo un breve retorno clandestino a Rusia en 1905.

La radicalización de Lenin suele atribuirse a intuir precozmente la línea marxista, cosa demostrada porque al morir el hermano habría comentado: «Hay otros caminos». Trotsky lo niega, alegando que la divergencia entre ambos no era el recurso al terrorismo⁸, sino la orientación nacionalista y antindustrial del Voluntad Popular —que Alexander intentó revivir—, contrapuesta a una actitud cosmopolita y proin-

mucho de incurrir en incorrección política, ambos habrían apoyado una monarquía constitucional, por no decir una república democrática.

⁶ Service *ibíd.*, págs. 57-58. Tres décadas después, su hermano Vladimir optó por esconderse cuando fue citado a juicio, aunque 1917 resultó ser —desde febrero hasta finales de octubre— el único año de la historia soviética donde no estuvo vigente la pena capital para delitos políticos.

⁷ Lenin tampoco prescinde de sus rentas mientras vive en Rusia, y su primera carta conservada —siete años antes del exilio— contiene un «mándame por favor algún dinero, e infórmame sobre el estado de tus finanzas» (5/10/1893). El padre sospechaba años antes de morir que «las buenas notas pueden ocultarle a Volodya la necesidad de ser industrial» (Service *ibíd.*, pág. 39).

⁸ De hecho, uno de los grandes héroes —y maestros políticos— para el joven Vladimir fue Tkachov, que en vez de preconizar atentados contra funcionarios zaristas abogaba por «el terror masivo»; véase vol. II, págs. 471-473 y 478-479.

dustrial, a la que por cierto llegaría bastante más tarde. El «hay otros caminos» debe atribuirse a la canonización puesta en marcha póstumamente, pues el testigo del caso resulta ser su hermana menor, María, que a la sazón tenía ocho años. Sea como fuere, el cambio político de Lenin se hace esperar dos años, cuando una familia otrora ilustre deja de merecer saludo al pasar por la calle, aunque la condena de Alexander no llevase aparejada confiscación de bienes. Lejos de abatirle, el nuevo status de paria fortaleció su voluntad, permitiéndole terminar los estudios de secundaria con premio extraordinario.

Que las biografías fidedignas de Lenin sean pocas y muy recientes⁹ puede atribuirse en alguna medida a la aridez de topor con una montaña de cartas, órdenes, notas, discursos y decisiones gubernativas, correlato de un alma fundamentalmente reservada y severa, que solo se extrovertía por fidelidad a su misión. Víctima siempre de emociones somatizadas, sus contrariedades evocaban de inmediato trastornos gástricos e intestinales, acompañados por jaquecas e insomnio. El director del instituto donde cursó sus estudios de secundaria —casualmente, el padre de Kerensky— justificó la medalla de oro concedida al terminarlos con un informe que subraya «los valores religiosos» y «la disciplina racional» enseñada por sus padres, añadiendo una observación donde parece curarse en salud de futuras responsabilidades por premiar al hermano de un magnicida frustrado¹⁰.

1. Los fundamentos de la disciplina. Su expediente pone de relieve una clara propensión a las letras —en contraste con la aptitud del padre y el hermano mayor para las disciplinas matemáticas—, y resultados concretos que sus biógrafos no destacan lo bastante quizá. Obtiene

⁹ Salvo las de Volkogonov y Service —que aprovechan ya el acceso a archivos oficiales— el resto se distribuye en material hagiográfico, recuerdos de antiguos camaradas y monografías dedicadas a periodos específicos. Un resumen de las dificultades inherentes a la empresa ofrece Rappoport (cf. theguardian.com/books, 2009), que enumera también los diez mejores ensayos a su juicio. Aunque no aparezca entre ellos, merece reseña la amplia y reciente investigación de A. Woods —uno de los editores de MIA— *Bolshevism, the Road to Revolution* (1999), accesible en línea, que constituye una defensa apasionada de Lenin y cubre el periodo 1903-1918.

¹⁰ «No puedo dejar de subrayar también un aislamiento excesivo, manifiesto en las distancias impuestas hasta a los amigos [...] y en general su falta de sociabilidad. La madre de Ulianov se propone mantener al hijo bajo su supervisión a lo largo de toda la carrera universitaria» (Cf. Service 2000, págs. 61-62).

siempre la máxima nota en griego y latín, sobresale en literatura e historia, y debe recurrir a recuperaciones para la lógica, que en su tiempo no era lógica formal sino teoría aristotélica del argumento (silogismo)¹¹. Dicha materia comprende las modalidades válidas e inválidas de inferencia a partir del término medio empleado, mostrando cómo cualquier conclusión no sofisticada parte de respetar la cantidad (universal o particular) y la cualidad (positiva o negativa) de los juicios implicados en ella, vedando por ejemplo que de una proposición particular negativa se deduzca una universal, tanto afirmativa como negativa.

Los escritos y discursos posteriores de Vladimir precisarán hasta qué punto superó lo antinómico lógicamente con «praxis dialéctica»; pero obtener matrícula de honor en todas las asignaturas salvo en esta no indica una deficiencia de comprensión para lógicas particulares —así lo demuestra su maestría en sintaxis latina—, sino un rasgo de carácter como la imperiosidad, que rechaza someterse al racionalismo convencional si interfiere con algo donde haya puesto el corazón. Al adentrarse en la adolescencia ese giro dominante agobia a su hermano mayor, y le lleva a decir: «Vale sin duda mucho, aunque no nos llevamos»¹², pues ser contradicho evoca raptos airados de los que se suele arrepentir hasta alcanzar la veintena, cuando empieza a considerarse formado en medida bastante para reclamar asentimiento incondicional. Su rasgo más comunicativo es una risa desternillante que, según Gorki, le llevaba en algunas ocasiones a acabar secándose algunas lágrimas. Hasta la adolescencia, su libro de cabecera es *La cabaña del tío Tom*, y Wagner será su compositor favorito. Bastante después dirá a Gorki:

¹¹ La escolástica añadió a la parte correspondiente del Corpus —*Analíticos I y II, Categorías y Argumentos sofisticos*— una distribución artificiosa en cuatro «figuras» que cayó en descrédito desde Descartes, y no recobró dignidad científica hasta la recuperación de Aristóteles consumada por Kant y Hegel.

¹² La hermana nacida entre uno y otro, Anna Ilichna, duda en sus memorias sobre las palabras textuales de Alexander, pues quizá dijo «no nos llevamos *en absoluto*» (cf. Service 2000, págs. 50-51). Cuando se convierte en líder, suele terminar sus cartas con un «Contéstanos sin falta inmediatamente, o al menos escribe una línea acusando recibo». El tono imperioso informa centenares de misivas a sus seguidores, incluyendo a su querida Inessa Armand, de la cual se despide añadiendo: «¡Lee ahora mismo las copias de mis artículos que adjunto, dáselas a Usiyevich para que los lea y los mande *inmediatamente* a Karpinsky, que debe devolverlos *inmediatamente!*» (23/3/1917).

«Podría escuchar todos los días a Beethoven, pero la música afecta mis nervios. Querría decir cosas tontamente dulces, y acariciar la cabeza de quienes son capaces de crear tal belleza viviendo en un hediondo infierno»¹³.

En 1891, cuando el país se moviliza ante la gran hambruna de ese año, la familia no entiende su negativa a colaborar, dado que marxistas y socialrevolucionarios se integran en los destacamentos rurales de ayuda para diseminar propaganda, mientras él insiste en felicitarse de que la guerra civil esté más cerca¹⁴. La catástrofe tampoco le mueve a reducir ese año el canon cobrado a las familias que explotan la finca de los Ulianov en Samara, porque el campesinado le parece una clase sin futuro y se prohíbe sentir lástima hacia aquello que la historia condenó, como sugiere Plejanov, su ídolo del momento. «Nunca he sentido», dirá poco después, «un respeto y reverencia, una *veneración*, comparable con la sentida hacia él»¹⁵.

Ser alérgico a la disidencia implica enfermar físicamente al topar con ella, siendo su persona a todos los demás efectos un monumento de autocontrol. Lo mismo consigue sobreponerse a las zozobras familiares con el mejor expediente académico que abandona el hábito del tabaco cuando su madre le recuerda su falta de ingresos, y renuncia a las «pasiones» —el latín, el ajedrez y la caza— para concentrarse en el trabajo revolucionario. Su amor al orden le mueve a pasar un plumero por la mesa de trabajo todas las mañanas, tiene afiladas todas las puntas de los lápices y es ahorrativo hasta recortar las partes de papel no usadas por sus corresponsales, que recicla para notas. Rehuir por sistema «el sentimentalismo» le mantiene impávido ante toda suerte de eventos, salvo no ser obedecido.

De hecho, su peor crisis llega en 1903, con ocasión del segundo Congreso socialdemócrata —al ser acusado de trepador por Plejanov y quedar en minoría de votos (28 a 22) su propuesta sobre requisitos de admisión al SPDR—, pues síntomas iniciales como abdomen infla-

¹³ El amplio retrato de Lenin ofrecido por Gorki, que corresponde a distintos encuentros, puede consultarse en aha.ru/

¹⁴ Su hermana pequeña comentará: «El auto-sacrificio de Alexander no era un rasgo compartido por Vladimir, aunque dedicase indivisiblemente su vida a la causa de la clase trabajadora»; María Ilichna, en Service *ibíd.*, pág. 87.

¹⁵ Lenin, *CW*, vol. IV, pág. 343.

mado y fiebre acaban en un diagnóstico de ciática y una terapia de friegas con yodo que le sume en «tormentos de dolor». La ciática se convierte en una erisipela grave y, tras pasar quince días sin moverse de la cama, acaba acudiendo a un famoso médico suizo, a quien transmite su temor de padecer algún tumor del aparato digestivo y ser propenso a hemorragias internas como su padre. Tras examinarle detenidamente, y cobrar una pequeña fortuna, el especialista le confía que «su problema no es el estómago sino el cerebro, pues padece neurastenia»¹⁶, nombre de moda para describir algunas reacciones al «ritmo frenético de la vida moderna».

El remedio aconsejado es «abandonar todo tipo de trabajo mental exigente», cosa sin duda imposible cuando el centro incompartido de su vida es crear y dirigir el Partido, e irá cumpliendo ese destino con recaídas pero sin desviarse un milímetro, gracias en parte al matrimonio con la maestra Nadezhna Krupskaya (1869-1939)¹⁷, contraído poco antes de terminar el siglo. Sus *Recuerdos de Lenin* (1933) evocan el primer encuentro, en 1981: «Los camaradas me contaron que había llegado del Volga un marxista muy erudito, y en efecto nos apasionó a todos. Yo estaba enamorada de mi trabajo como maestra, y a Vladimir Ilich le interesaba cualquier detalle que ayudase a introducir propaganda revolucionaria».

El recato impuesto a los biógrafos soviéticos explica quizá que carezcamos de dato alguno sobre su vida erótica, si bien es curioso que Krupskaya se indignase mucho más adelante, en 1937, cuando uno de ellos dio por supuesta su condición de pareja convencional. Aclaró entonces que ambos cumplían lo previsto por Bebel en *La mujer y el socialismo*¹⁸, libres de hábitos burgueses hipócritas y siempre en el marco de una camaradería revolucionaria. En 1899, tras llevar ocho meses viviendo juntos, escribió a su familia política: «En cuanto a mí, estoy perfectamente sana, pero por desgracia las cosas están mal en

¹⁶ Cf. Service 2000, págs. 158-159.

¹⁷ Los voluminosos *Recuerdos* de Krupskaya no contienen una sola línea dedicada a noviazgo, luna de miel o amor carnal, reflejando más bien una relación donde descarga a su héroe de gestiones arriesgadas y rutinarias, esforzándose —sin conseguirlo— en guisar aceptablemente. Al poco de vivir juntos pasan «algunas noches insomnes en la cama», por ejemplo, pero es «anticipando las grandiosas manifestaciones proletarias a las que nos tocará asistir».

¹⁸ Sobre dicha obra véase vol. II, págs. 566-568.

cuanto a la llegada de un pajarito»¹⁹. Noticias de los Ulianov apuntan a que ambos deseaban descendencia, y quizá no sepamos nunca por qué siguió sin llegar.

Durante los casi treinta años de vida en común, Krupskaya se encargará de misiones peligrosas, como establecer contactos y trasladar propaganda, fiel al principio de que «el comandante debe sobrevivir aunque los oficiales sucumban». La noticia más sensacional sobre su vida íntima se produce en París, donde comparte piso durante algún tiempo con Krupskaya y la feminista Inessa Armand (1874-1920), una revolucionaria bien parecida, culta y enérgica²⁰, dando pábulo a relatos como *El amor de las abejas trabajadoras*, obra de Alejandra Kollontai, otra feminista bolchevique. Armand fascinaba a Krupskaya como persona «rebosante siempre de vitalidad y buen ánimo», y el principal obstáculo para el *ménage a trois* insinuado por Kollontai no son tanto sus celos —nunca descartables por lo demás— como el carácter del esposo, que dos años después pedirá a Armand la devolución de sus cartas, y en la correspondencia ulterior pasa del tú (*ty*) al usted (*vy*). Sobre lo acontecido, el único documento primario es una misiva bastante posterior a los hechos narrados:

«Por entonces me tenías terriblemente atemorizada. El deseo de verte existía, pero parecía mejor caer muerta en el sitio a estar en presencia tuya, y cuando por alguna razón irrumpiste en el cuarto de N. [Krupskaya] perdí instantáneamente el control y me conduje como una tonta [...] No estaba definitivamente enamorada de ti, pero ya entonces te quería mucho»²¹.

Inessa fue quizá la mujer de su vida, y la destrucción de su correspondencia más privada no afectó a docenas de comunicaciones donde alguna línea retiene siempre un tono cálido que falta en el resto, como llamarla «hada protectora» y «fuente de equilibrio»²². Poco después

¹⁹ Krupskaya, en Service 2000, pág. 121.

²⁰ Hablaba cinco lenguas, tocaba el piano espléndidamente, había sido encarcelada ya tres veces por revolucionaria, y hasta enviudar mantuvo un matrimonio «abierto», imitando a la protagonista del *¿Qué hacer?* de Chernishevski. Esa novela fue también el devocionario de Lenin, que tituló del mismo modo su primer panfleto célebre, dedicado a justificar el programa llamado poco después bolchevique.

²¹ Armand, en Service 2000, pág. 198.

²² La mezcla de sentimientos brilla en una de las muchas cartas escritas en marzo de 1917, cuando el zar ha abdicado y él se siente preso en Suiza, bombardeándola con

de instalarse en Rusia sucumbiría al cólera, y testigos del entierro refieren que Lenin pareció abrumado de dolor. Siguiendo el hilo de sus cartas, se diría que lo decisivo en la seducción de Armand fue la nitidez del plan leninista: transformar a los «esclavos salariales» en copropietarios excepcionalmente productivos nacionalizando sus respectivas empresas, mientras el Partido descontaminaba el territorio de rentistas y demás parásitos. Para Armand, ambas partes del plan solo resultaban factibles por depender de él, a quien llama a veces «genio de la voluntad».

2. Los compañeros de viaje. Por lo demás, la versión al uso de Vladimir Ilich prescinde habitualmente del periodo galvanizado por su aparición en Múnich a principios de siglo, con la expresa meta de incorporarse al grupo Emancipación del Trabajo formado por Plejanov y los marxistas más veteranos²³. Allí estaba su antiguo colega Martov²⁴, que durante las dos décadas siguientes encarnaría el negativo democrático de su socialismo mesiánico, y que, a despecho de su preeminencia durante el periodo prerrevolucionario, no influirá para nada en los acontecimientos desde el golpe de Octubre. Al contrario, su atrevimiento —escribiendo, por ejemplo, «¡como si el socialismo pudiera instituirse por decreto, fusilando a la gente y prohibiendo que voten!»— le convierte en objetivo primario de la Cheka, y para no verle muerto, Lenin facilita su exilio²⁵.

peticiones urgentes: «¿No te habrás ofendido por la insistencia en que traduzcas mis artículos? ¡Increíble! ¿Cabe concebir que alguien se “ofenda” por eso? ¡Inconcebible! Y por otra parte el completo silencio... es extraño...».

²³ Fundamentalmente Vera Zasulich y Pavel Axelrod, ambos de ascendencia judía, la primera una terrorista precoz reconvertida en socialdemócrata (véase vol. II, pág. 471), que tradujo el *Manifiesto* de 1848, y el segundo un antiguo anarquista transformado eventualmente en admirador de Bernstein y su socialismo evolutivo. Tras la revolución de 1905, y el maquillaje de Rusia como monarquía constitucional, ambos abrazarán lo que Lenin llama «liquidacionismo», proponiendo que el PSDR abandone la actividad clandestina y se refunde sobre bases legales.

²⁴ Krupskaya cuenta de Martov que «la delicadeza de sus percepciones le permitía comprender las ideas de Lenin, y desarrollarlas con gran habilidad». Trotsky le describe como «una de las figuras trágicas del movimiento revolucionario: un político con recursos, un escritor dotado y una mente brillante, pero no lo bastante viril y aguda por faltarle fuerza de voluntad» (Trotsky 1930, en MIA).

²⁵ En 1922, cuando agoniza en Berlín, pide a Stalin que transfiera fondos para pagar el hospital, y éste —dando otra muestra de su áspera firmeza— replica: «¿Qué?

En Múnich vivía también Israel Gelfand (1867-1922), otro ruso marxista más conocido por el alias Alexander Parvus, un individuo de volumen gigantesco que llevaba años trabajando como columnista y editor en la prensa del SPD, a despecho de haberse formado para una carrera docente²⁶. De una imprenta oculta en su piso nacerá *Iskera* («La Chispa»), escrita en cirílico para distribuirse ante todo en Rusia, que habla en nombre del SDPR y anuncia de paso su segundo Congreso²⁷. El grupo contaba con un patrocinador rico y generoso, añadido a un número creciente de suscriptores —que llegaron a rondar los 8.000—, y su mera existencia hizo que otro desterrado en Siberia, el joven Lev Bronstein, alias Trotsky, emprendiese una arriesgada fuga desde allí a la sede de su redacción, dejando atrás a una joven esposa y dos bebés²⁸. La llamada del destino le llegó cuando empezaba a hacerse un nombre con artículos en la *Revista del Este*, una publicación liberal abierta a cualquier disidente del zarismo, donde firmaba con el seudónimo «Pero» («Pluma»).

Para los planes de Ilich, que empezó entonces a firmar sus artículos como Lenin, una de las circunstancias más estimulantes fue formar la primera troika con otros dos intelectuales de familia judía —Lev Rozenfeld (alias Kamenev) y Gugoivi Radomysisky (alias Zinoviev)—, el primero nacido en un hogar tan opulento como humilde el segundo, unidos por nacer en 1883 y morir el mismo día de 1936, los dos con un

¿Gastar dinero en un enemigo de la clase trabajadora? ¡Búscate otro secretario para eso!» (Stalín en Service 2004, pág. 156). Martov fue providencial para Lenin en 1917, cuando regresar gracias a Alemania le convirtió en centro del odio popular, pues siendo entonces el líder más prestigioso del Soviet de Petrogrado logró que se le asignase una escolta permanente, formada por trece hombres armados.

²⁶ Doctorado en Económicas por la Universidad de Basilea en 1891, según sus biógrafos no obtuvo el *cum laude* porque el tribunal apreció falta de sentido crítico en su análisis del marxismo. Para obtenerlo le hubiese bastado razonar por extenso —o suprimir— un aserto de la página 50: «la división de trabajo descansa sobre la explotación de las masas, la esclavitud».

²⁷ Presidido por P. Struve, un futuro liberal que para Lenin es el prototipo del «marxismo legal», el primer Congreso (1898) terminó con sus siete delegados detenidos o huidos, sin concretar prácticamente nada en términos programáticos y de organización.

²⁸ «En el verano de 1902 supimos que había aparecido un periódico marxista, cuyo objeto sería crear una organización centralizada de revolucionarios profesionales, reunidos por la férrea disciplina de la acción. Mis escritos y proclamas parecieron inmediatamente pequeños y provincianos [...] Debía escapar del exilio» (Trotsky 1930, pág. 157).

tiro en la nuca. Aunque la erosión del tiempo haya devorado su breve obra escrita²⁹, ambos contribuirán a diseminar la versión bolchevique del socialismo con discursos, gestiones y artículos, y ambos ocuparán puestos de máximo relieve en el Aparato hasta 1928.

Les unirá también oponerse juntos al golpe de 1917, incurriendo en la comprensible furia del líder³⁰, aunque será suficiente arrepentirse para ser devueltos a un status ganado con años de obediencia. En 1910, cuando parece imposible mantener el cisma entre bolcheviques y mencheviques impuesto por Lenin, Zinoviev será el único dispuesto a respaldarle sin condiciones, y más adelante le acompañará en su escondite de Finlandia. Kamenev se gana el perdón con abundantes servicios durante la época de *emigrés*, y en particular porque recluta para la causa a Josif Vissarionovich Dzughashvili (1878-1953), más conocido por el alias Stalin³¹, de quien Lenin dirá tras el primer encuentro: «Gente como él es exactamente lo que necesito»³².

Dzughashvili se distinguía del resto por carecer de antecedentes judíos, y también de vanidad, escrúpulos y doctrinarismo, tres cualidades admirables para alguien tan sobrado de ideólogos como corto de agitadores y recaudadores. Nunca conocería quizá a alguien menos aquejado de indecisión, y era en todo caso el hombre del pueblo perfecto para promover la lucha de clases en calles y fábricas, un «soldado» que no careciendo de ambiciones estaba dispuesto a canalizarlas en forma de disciplina y obediencia, por veneración hacia Lenin y su plan político.

Nacido en un pueblo de la atrasada Georgia, hijo único de un zapatero alcohólico y una mujer con la virtud puesta en entredicho, el magnífico expediente escolar de Dzughashvili le mereció una beca de cuatro años en el seminario teológico de la capital, Tiflis, donde iba a

²⁹ MIA ha preservado una veintena de opúsculos de Zinoviev, y tres de Kamenev, que, sin aspirar nunca al estatuto de teóricos o estilistas, redactaron en distintos momentos textos adaptados a la conveniencia de cada situación, entre ellos una *Historia del partido bolchevique* (1928) dictada por el primero en forma de seis conferencias universitarias.

³⁰ Lenin los llamará «esquiroleros», exigiendo que sean expulsados del Partido. Sin embargo, pocos días después nombra a Kamenev lo análogo a jefe del Estado del nuevo régimen: presidente del Comité Ejecutivo del Congreso de Soviets.

³¹ La familia Rozenfeld tenía negocios en Tiflis, y en uno de los seminarios impartidos allí por Kamenev apareció Dzughashvili.

³² Lenin, en Service 2004, pág. 82.

madurar su precoz identificación con el bandolero novelesco Koba³³. Lo previsible allí era espiritualidad ascética, pero fue más bien un semillero para revolucionarios de todas las escuelas, cuyo rector-obispo empezó siendo agredido y finalmente asesinado con arma blanca por seminaristas, a propósito de huelgas disparadas por «la continua dieta de judías»³⁴. Antes y después de esta etapa, Dzughashvili frecuenta bandas de delincuentes —granjeándose la reputación de púgil apto, aunque algo dado a los golpes bajos—, y antes de poner su pluma al servicio del marxismo, publica un volumen de poesía bien recibido por la crítica, en el cual destacan odas como *La mañana*, escrita a los diecisiete años:

*«El capullo rosáceo se ha abierto,
Corriendo hacia el violeta pálidamente azul
Y, excitado por la brisa suave,
El lirio salvaje se tumbó sobre la hierba.
[...]
¡Flor, Georgia mía!
¡Reine la paz en mi tierra natal
Y que vosotros, amigos, podáis
Prestigiarla merced al estudio!»*³⁵.

³³ Adalid de la independencia y «guardián de lo elemental», la figura de Koba aparece con la novela *El parricidio* (1883), de A. Qazbegi, que redime a la lengua georgiana de un pasado casi ágrafo y es saludada allí como lo equivalente al *Quijote*, cosa acorde con «un país pobre y desolado, inmerso en una vegetación lujuriente» (Souvarine). Las incursiones tártaras, kurdas y magiares fueron tan devastadoras para el país que en 1801 su población se reduce de siete millones a uno, y solicita integrarse en el Imperio de los Romanov. Esto defiende mejor sus fronteras, pero se paga con una rusificación hostil a la lengua y otras tradiciones nacionales, que engendra los previsible resentimientos. Una excelente introducción a la historia de Georgia ofrece Souvarine en su biografía de Stalin.

³⁴ Cf. Service 2004, págs. 36-37. El nexo popular era un odio incondicional al ruso del que Dzughashvili tardará en desprenderse. Curiosamente, Lenin le imputará más tarde «el chovinismo de la Gran Rusia», pues rechaza la autonomía política de Georgia y otras naciones incorporadas a la URSS. Lenin veía en el patriotismo un «sofisma para engañar a las masas», basado en prescindir de que «los trabajadores no tienen país», como declararon en su día Marx y Engels.

³⁵ Stalin, en Service *ibíd.*, pág. 39. Según éste, «la pureza lingüística y fonética del original georgiano es reconocida por amigos y enemigos».

A los veintitrés años, cuando pisa por primera vez la cárcel, su ficha menciona «complexión media, con el rasgo especial de tener pegados los dedos segundo y tercero del pie izquierdo [...] Frente recta pero corta. Rostro alargado, con piel cetrina marcada de viruelas». Napoleón empezó siendo un nacionalista corso que nunca habló el francés sin un fuerte acento italiano; él, un nacionalista georgiano que nunca habló ruso sin un fuerte acento caucásico, y el tiempo completará los parecidos cediendo a ambos el cetro imperial del país inicialmente odiado. Tras subrayar esa coincidencia, y la extrema discreción de Stalin³⁶, su biógrafo más antiguo añade

«sentido para lo práctico, poder actuar cuando los demás prefieren hablar, compostura infrecuente y una firmeza excepcional, que le transformaban en un agente ejecutivo de primer rango, cuya capacidad para el trabajo duro solo tenía los defectos propios de sus cualidades: andar absorbido por los detalles de cada asunto»³⁷.

Entre los padres fundadores del futuro Estado comunista solo él pasa la mayor parte del periodo prerrevolucionario dentro del Imperio ruso, combinando tareas de AgitProp con las agallas y el estómago necesario para tratar en la cárcel y fuera de ella con psicópatas desalmados, que le serán tan útiles y fieles como el bandolero Kamo, capaz de arrancar un corazón palpitante a la manera azteca y también de dirigir el atraco al Banco Imperial en Tiflis³⁸. En contraste con él, Trotsky fascina a todos —salvo Plejanov, a quien irrita su «desenvoltura»³⁹—,

³⁶ Todavía en 1926, cuando aparece la primera edición de las obras completas de Lenin y él impera de modo incondicional, el prólogo ofrece un currículum suyo muy escueto: «Frecuentemente encarcelado, deportado seis veces, miembro del Comité Central ininterrumpidamente desde 1912, editor de *Pravda* en 1917». Aunque llevase un lustro siendo secretario general, «su nombre no figuraba en ninguna historia del socialismo, del movimiento obrero o de la Revolución rusa» (Souvarine 1939, págs. IX-X).

³⁷ Souvarine 1939, págs. 33-34. Fundador del PC francés, Souvarine mantuvo una correspondencia ininterrumpida con Lenin, que le dedicó en 1918 una larga carta abierta, curiosa por terminar resumiendo las diferencias entre ambos: «Uno pregunta quién atacó primero, y otro se interesa únicamente por cuáles son las clases implicadas».

³⁸ Sobre Kamo y aquel atraco, véase vol. II, págs. 655-656.

³⁹ La primera manifestación de tal cosa es su llegada a Ginebra, pues sin conocer todavía a Axelrod se presenta en plena noche y despierta a la familia con aldabonazos, anunciando: «Vengo directamente de la estación, y le ruego que pague el taxi porque no tengo dinero. Me quedará a dormir». Lo mismo ocurre semanas después en Londres

funda una revista revolucionaria de mayor éxito aún (el «La Verdad» o *Pravda*), preside el primer Soviet durante la revolución de 1905 y vuelve al mundo de las reuniones y congresos en Occidente como representante principal de los Conciliadores, empeñados en zanjar el cisma entre blandos y duros.

Desinteresado por la religión, su padre David fue uno de los granjeros más innovadores y prósperos del sur de Ucrania, y cuando el joven Lev se muda a Odessa para cursar los estudios de secundaria vive allí con su tío Moisés Shpenster, uno de los principales editores rusos, que le convence de traducir tragedias griegas y estudiar historia. A los dieciséis años lee *El arte de la controversia*, donde Schopenhauer enumera «estratagemas» para vencer en polémica a distintos adversarios, y no olvidará los consejos del texto cuando toque dominar algún auditorio; por lo demás, su novelista favorito es Dickens, la misantropía schopenhaueriana le escandaliza, y su capacidad como escritor resulta innegable. Aunque «tiende a ser repetitivo, demasiado sarcástico y dado a la verbosidad», según Martov, esos rasgos le vienen de copiar a Marx, y solo afectan a sus textos políticos. Al escribir sobre cualquier otra cosa combina ritmo con agudeza expresiva.

El último bolchevique legendario es el moscovita Nicolai Bujarin (1888-1938), hijo de dos maestros de escuela, único en no pasar a los anales con un alias y el más joven con mucho, incorporado al SPDR en 1906. Su brillante expediente escolar no se prolongó durante el periodo universitario, copado por actividades de agitación y propaganda, pero tras exilarse en Viena redescubre el gusto por estudiar, y acaba convirtiéndose en teórico oficial del Partido, un puesto que conquista con su *Teoría económica de la clase ociosa* (1916), primer texto bolchevique sensible al marginalismo, que desde los años setenta había jubulado en círculos científicos la teoría del valor/trabajo, medido por tiempo⁴⁰. Extrovertido y jovial, Bujarin quiso siempre estar a la izquierda de la iz-

(salvo el taxi impagado), donde saca a Lenin de la cama y se autoinvita a residir algún tiempo. Por lo demás, seduce a ambos sin demora. Lenin le saluda sonriente, diciendo: «Ajá, la Pluma llegó», y Axelrod será uno de sus apoyos más firmes hasta 1917. Lo intolerable para Plejanov es que un mozalbete de veintidós años pueda parecerle «genial» a Vera Zasulich y al resto, cuando entre los presentes solo él merecería dicha consideración.

⁴⁰ Cumbre del estilo catequista, su *ABC del comunismo* describe, por ejemplo, al proletariado como «auténtico salvador de la humanidad ante los horrores del capitalismo» (VI, 34).

quiera, aunque cambiantes circunstancias le situaron en la derecha, el centro y hasta en la extrema derecha, a juicio de otros.

Para la delegación española del PSOE, por ejemplo, que llega en 1920 a fin de resolver si se integra o no en la Komintern, es «el Saint-Just de la Revolución rusa, el más mesiánico entre los hombres de relieve a quienes hayamos escuchado [...] para el cual la democracia política es un residuo de la Revolución francesa, y el reformismo socialista un obstáculo, pues guiarse por razones democráticas o compasivas traiciona la Causa»⁴¹. Trotsky le considera sugestionable e infantil, Carr ve en él un prototipo de líder endeble, y para Stalin será en la práctica un juguete desechable. Justificando por qué «nunca le tomé demasiado en serio», el primero escribe: «Su naturaleza le impone atarse siempre a alguien; librado a sí mismo significa en su caso librado a otros»⁴².

3. Anatomías comparadas. Nacido nueve años después de Lenin —en 1879, como Stalin—, Lev Bronstein dudaba entre Exactas y Filosofía cuando su carrera universitaria se vio truncada en 1898 por cuatro años de «exilio administrativo» en el extremo oriental de Siberia. La fiscalía le acusó de distribuir propaganda ilegal y participar en una célula multicolor —integrada por populistas, anarquistas, socialistas democráticos y comunistas—, entre cuyos miembros estaba la joven Alexandra, una ferviente seguidora de Marx desolada al oírle repetir que el materialismo histórico era «una doctrina mezquina, llamada a escindir la personalidad»⁴³. Pero padecer la misma pena y reconocer que su atracción física podía suavizar el destierro acabó casándoles ante un rabino, poco antes de emprender el viaje. Textos de Plejanov y Lenin⁴⁴ leídos en Siberia le moverían a matizar dicha opinión, estimu-

⁴¹ De los Ríos, 1973, pág. 103. Bujarin acababa de publicar *El ABC del comunismo*, que complementaría con *El materialismo histórico* (1921) y una reedición ampliada del opúsculo sobre la Escuela Austríaca y el marginalismo. De 1926 es el panfleto *La teoría de la revolución permanente*, escrito para demostrar que trotskismo y leninismo divergen, lo cual presta un servicio impagable a Stalin y otros enemigos del «Ambicioso», como empezaba a ser llamado Trotsky por el Aparato.

⁴² Trotsky 1930.

⁴³ Trotsky en Service, 2009, pág. 44.

⁴⁴ Entre otros, *El desarrollo del capitalismo en Rusia* (1899), un texto curioso porque según Lenin «las condiciones económicas del país apenas difieren de las inglesas y alemanas».

lando su afán básico de acelerar la ruina del zarismo, aunque será en las capitales europeas donde se empape de literatura marxista y adopte el alias Trotsky.

Su tía Fanny no recuerda «verle grosero ni furioso nunca, sino siempre terriblemente bien atildado», tanto en términos de atuendo como de «ademanos». Al madurar, los ojos intensamente azules y una fantástica cabellera morena con tonos rojizos, unidos a su complexión esbelta y «hablar como si escribiera» le procuran éxito instantáneo con el otro sexo, así como la admiración de casi todos sus interlocutores. Tampoco faltan los desconcertados por alguien que declara rechazar el «sentimentalismo» y el «individualismo», sin abandonar una actitud de superioridad autocomplaciente, «amando a los demás como un campesino a su caballo», según cierto amigo del colegio. Pero ser presumido y orgulloso no le impide comportarse de modo exquisitamente educado, un rasgo ajeno tanto a Lenin como a Stalin; en un caso porque la imperiosidad se sobrepone a cualquier otra consideración, y en el otro porque tras la aspereza de modales yace una persona muy sentida, a quien resulta fácil herir con el más ligero desprecio.

Solo Stalin y Trotsky son de estatura media, tirando a altos, mientras Lenin y sobre todo Kamenev, Zinoviev y Bujarin mal llegan al metro sesenta. Trotsky no está expuesto a las somatizaciones y agotamientos que padece Lenin, aunque sufre trances de pequeño mal epiléptico, por fortuna para él no frecuentes ni surgidos en momentos que exijan especial compostura. De los cinco, el más robusto es Stalin, que practica ocasionalmente deportes y es, curiosamente, un buen perdedor en ajedrez, todo lo contrario de sus camaradas. Le gustan las mujeres jóvenes, y dejará embarazada a una adolescente en su destierro siberiano, posiblemente también a alguna secretaria del Sovnarkom —el Consejo de los Comisarios del Pueblo—, aunque para nada se crea un donjuán.

Trotsky, que tenía más cartas a su favor en este orden de cosas, no las juega hasta acercarse a la sesentena, tentado al efecto por las hermanas Kahlo. Durante cuatro décadas opta por ser fiel a Natalia, su segunda esposa, rechazando a alguna dama rusa de belleza legendaria, obstinada en tener un hijo con el héroe de Octubre y la guerra civil. Aunque su hermana Olga contrajese matrimonio con Kamenev, el joven Lev mantuvo con él y el resto de sus camaradas un trato tan gentil como glacial, salvo en el caso de Lenin y Martov, pues admira

la tenacidad y agresividad del primero, no menos que «el escrúpulo y la sabiduría» del segundo. Con todo, una creciente confianza en sí mismo —otros dirán «una colosal arrogancia»— le empuja a aislarse hasta de ellos en el trato diario, reservando sus energías para la escritura, las conferencias y los debates. Lo contrario ocurre con Stalin, que, lejos de ser prácticamente abstemio —como Trotsky y Lenin—, riega sus comidas con jarras de cerveza potenciadas por chorros de vodka, combinado favorito del país, y canta al término con una voz de barítono bien impostada, fruto de pertenecer al coro arzobispal durante sus años de seminarista. Entre todos los alias solo el suyo alude a una cosa del mundo, y concretamente al compuesto tenaz por excelencia⁴⁵.

Ninguno de los futuros jerarcas es en teoría pusilánime, ya que todos se comprometen con una revolución armada. No obstante, sus reacciones ante el peligro difieren en alta medida, y está lejos de ser cierto que Bujarin sea el más inclinado a accesos de miedo insuperable, o incluso que lo sean sus dos camaradas nacidos en 1883:

«Zinoviev es un agitador, guiado por un sutil instinto político [...] Kamenev un propagandista entregado al razonamiento y el análisis, inclinado a pecar de precaución excesiva. El primero está totalmente absorbido por la política, sin otros apetitos o intereses, mientras en el segundo hay un sibarita y un esteta. Zinoviev es vengativo, Kamenev buena gente»⁴⁶.

Cuando llegue el turno de morir, el cauto Kamenev lo aceptará estoicamente, y Zinoviev, aferrándose a la ropa de sus guardianes, con alaridos tan desgarradores que resulta ejecutado antes de llegar al punto previsto. Del denuedo de Stalin no tenemos pruebas substanciales, pero cumple siempre sus peligrosas encomiendas, sufre sin queja largos periodos de cárcel y exilio en Siberia, y quizá hubiese caminado hacia el paredón sin hacer el ridículo, caso de no haberlo prevenido una combinación de prudencia, astucia y suerte. Por más que la historia enseñada en las escuelas lo ignore, el único radicalmente pusilánime del grupo resulta ser Lenin, también el más convencido de que la revolución no admite componendas graduales y exige exterminar a un

⁴⁵ Stalin («acero») es un término ruso importado del alemán *Stahl*.

⁴⁶ Trotsky 1930, cito la versión no paginada de MIA.

porcentaje considerable del cuerpo social, en ningún caso inferior a la cuarta o quinta parte.

Tras su primera detención evita con sumo cuidado nuevas confrontaciones, porque algo en él rechaza visceralmente la violencia cuando roza su persona, y ese rasgo le expondrá a amargas comparaciones con Trotsky. Se desmaya de la impresión al recibir dos balas no mortales⁴⁷, por ejemplo, mientras Trotsky desarma a su asesino con un palmo de piolet clavado en lo alto del cráneo, y conserva presencia de ánimo para añadir: «No le matéis, nos llevará a Stalin». En 1905, cuando ambos vuelven a Rusia, Lenin permanece escondido dos semanas en la capital, observando sigilosamente el curso de los acontecimientos, mientras Trotsky se granjea cárcel y el penúltimo destierro potenciando la institución matriz del futuro régimen, que es el soviet de San Petersburgo.

Lenin observa entonces que «merece la gloria por su brillante e infatigable trabajo»⁴⁸, aunque no repite el elogio durante el verano de 1917, cuando la adhesión de algunas unidades militares⁴⁹ le sugiere tantear la fuerza de Kerensky, algo de lo cual se arrepiente demasiado tarde, precipitando las fallidas pero sangrientas Jornadas de Julio. Por lo demás, acaba de derogarse la pena de muerte para delitos políticos, y el Comité Central bolchevique preconiza que Lenin, Kamenev y Zinoviev respondan abiertamente a los cargos presentados contra ellos. Según Krupskaya:

«La orden de arresto dictada por el Gobierno Provisional coincidió con un momento de vacilación. Ilyich consideró necesario presentarse, y me mandó decírselo a Kamenev [...] pero por la tarde supe que él y Zinoviev habían decidido esconderse»⁵⁰.

En la rústica cabaña finlandesa donde se refugia, atormentado por nubes estivales de mosquitos y burlas de la prensa sobre su «denuedo», combinadas con claros indicios de estar siendo financiado a gran escala por el Alto Mando alemán⁵¹, Lenin comenta que «a otros les

⁴⁷ Cf. Pipes 1990, pág. 807.

⁴⁸ Lenin en Service 2009, pág. 92.

⁴⁹ Concretamente, el primer regimiento de ametralladoras y unos 10.000 marinos de Kronstadt.

⁵⁰ Krupskaya, *Recuerdos*, versión en línea no paginada de MIA.

⁵¹ Véase más adelante, págs. 80-84.

juzgarán, pero a mí me ahorcarían»⁵². Entretanto, Trotsky no está dispuesto a que eso frene el prestigio de la Causa, y publica una carta abierta exigiendo «no ser excluido del arresto, al ser un oponente político igualmente incondicional». Es entonces cuando decide unirse sin reservas al bando bolchevique, que ha pasado de formación «numéricamente ínfima» (Trotsky) en abril a rondar un tercio del voto en soviets como el de Petrogrado y Moscú, y ser detenido agiganta de inmediato su figura. Al día siguiente de reunirse en la cárcel con su cuñado Kamenev aparece una carta de Lenin, justificando su ausencia «porque no tengo garantías de un juicio imparcial»⁵³, texto que sus adversarios no se cansarán de recordar seis meses después, cuando funde una Cheka emancipada de requisitos procesales.

Ayudado por los renuncios de Kerensky⁵⁴, que le permiten recobrar la libertad a principios de septiembre, Trotsky vuelve a ser elegido presidente del soviet de la capital, por primera vez bolchevique en su mayoría. Lenin permanece oculto siete semanas más, enviando órdenes de atacar urgentemente que Trotsky desoye con la anuencia del Comité Central, pues conocer de primera mano la situación indica que Petrogrado caerá sin apenas disparar un tiro.

Este apunte sobre la crianza y el temperamento de los líderes soviéticos podría sugerir que su triunfo demuestra el peso prácticamente decisivo de factores individuales en el proceso⁵⁵, cosa contigua a la ob-

⁵² Lenin, en Service 2000, pág. 289. Una humillación adicional será que Zinoviev decida volver a Petrogrado, aunque sea de incógnito.

⁵³ Según Woods 1999, «nunca habría llegado al juicio: habría caído víctima de alguna bala “disparada mientras trataba de huir”. Mintiendo descaradamente, la prensa estaba entregada entonces a una campaña histérica sobre él y “los agentes alemanes”». Woods omite aclarar que dicha «campaña» afecta en medida superior a Trotsky, pues Parvus —el nexo de Lenin con el Alto Mando alemán— ha sido su inseparable colega durante la revolución de 1905.

⁵⁴ El fundamental fue pedir ayuda al general Kornilov para desarticular al soviet de la capital, y destituirle poco después temiendo un golpe monárquico. No contento con esa vacilación, Kerensky reparte armas al pueblo para reclamárselas al día siguiente, cuando se ha desvanecido la amenaza de *putsch*. Nueve de cada diez fusiles pasan entonces a manos bolcheviques, y sirven para formar los primeros destacamentos de la Guardia Roja, coordinados desde la cárcel por Trotsky.

⁵⁵ Pipes y Service —dos de los historiadores contemporáneos más distinguidos— deducen expresamente la Revolución rusa del «carácter de los actores principales», saliendo así al paso de la interpretación sugerida por Carr y las crónicas soviéticas, para quienes su único actor fueron «las masas».

viabilidad cuyo único inconveniente es disociar psicología y sociología. El reino del Padre —dominado por la ley—, se vio sucedido por el de un Hijo que puso el sentimiento por encima del mandamiento, aunque ambos cedieran al reino definitivo de la comunidad o Espíritu Santo. *Mutatis mutandis*, el programa de Marx fue negado y reafirmado al tiempo por Lenin, aunque la realidad de ambos es una entidad substancialmente plural como el Partido, cuya genealogía merece unas líneas.

II. LA INVIABLE UNIDAD DE LA IZQUIERDA

Las objeciones de Lenin al sistema democrático⁵⁶ no se mencionan en el número inicial de *Iskra*, probablemente por respeto a Plejanov⁵⁷, y el primer signo de autonomización es el panfleto *¿Qué hacer?* (1902), donde denuncia una «apuesta por la espontaneidad de las masas» —compartida a su juicio por el terrorista y el partidario de ir mejorando las condiciones laborales—, cuando lo exigible es «difundir en ellas una conciencia de clase revolucionaria». Dos años después escribirá: «La historia de todos los países muestra que la clase trabajadora se reduce a desarrollar una conciencia sindicalista, si resulta abandonada a sus propios recursos». Por lo demás, al reunirse el Congreso de 1903 reinaba aparente unanimidad en que el plano teórico se debate educadamente, y el práctico se establece por consenso; pero tras un mes largo de airadas descalificaciones ocurre más bien lo contrario: Lenin se nombra portavoz del grupo «mayoritario» (*bolshevik*), aprovechando que acaban de abandonar la sala los ocho representantes del *Bund* judío y los cinco del grupo etiquetado como economicista⁵⁸.

⁵⁶ En 1894, teniendo veinticuatro años, uno de sus escritos más extensos —el *Quiénes son los «los amigos del pueblo»*— cambia el tipo de letra para afirmar: «¡LA RUPTURA COMPLETA y FINAL con las ideas de los demócratas es INEVITABLE e IMPERATIVA!» (CW, vol. I, pág. 129). Sigue pensando lo mismo en *Militancia materialista*, un artículo redactado poco antes de quedar paralizado: «La democracia moderna (tan irracionalmente venerada por mencheviques, social-revolucionarios, anarquistas, etc.) no es sino libertad para predicar lo ventajoso para la burguesía, las ideas más reaccionarias» (*Pravda*, 12/3/1922).

⁵⁷ Solo semanas después «se borró mi “enamoramiento” con Plejanov, amargándose en increíble medida» (Lenin, en Service 2000, págs. 133-134).

⁵⁸ Siendo el único grupo que aportaba unos trescientos mil miembros (véase vol. II, págs. 641-642, 649-650), al *Bund* le parecía ya «ridículamente pequeña» su proporción de votos, y cuando la Mesa decidió vetar cualquier «autonomía nacional», sus

Votar en ese momento dos puntos de la agenda y obtener mayoría bastó para ignorar que acababa de perder la votación sobre el punto substantivo, referente a requisitos de admisión, y seguiría siendo *bolshevik* sin apoyo mayoritario hasta cuatro congresos después, en 1907, cuando vuelva a obtenerlo por unos meses. Gorki refiere que uno de los cuatro obreros asistentes le reprochó entonces inventar la ruptura, a lo cual repuso: «Tus camaradas quieren sentarse a parlamentar, cuando nosotros pensamos que la clase trabajadora debe prepararse para la batalla». Tampoco era necesario que su grupo lo formasen obreros, porque «la distinción entre intelectuales y proletarios desaparece al adoptar profesionalmente la acción revolucionaria»⁵⁹. El enemigo del obrero es quien pretende ir arañando mejoras graduales al amparo del desarrollo material, porque «quien no defiende la lucha armada, junto con medidas implacables contra traidores y vacilantes, prepara la ruina del proletariado»⁶⁰.

Volvía a emerger la distinción entre partidarios de la fuerza moral y partidarios de la fuerza física planteada por Francis Place⁶¹ a propósito de los *chartists*, aunque no era momento ni lugar para insistir en la guerra civil, y Lenin se conformó con una denuncia de «oportunistas y reformistas carentes de disciplina». Aceptando con sorna el apelativo de minoritario, Martov observó que acababa de nacer un autoritarismo tan irracional como el de los zares, encabezado por un nuevo aspirante a déspota. Sin embargo, no es menos cierto que Lenin se mantuvo siempre fiel al yo/masa, y nunca se propuso imperar en solitario. Al año siguiente, por ejemplo, cinco entre los ocho miembros del Comité Central bolchevique creen que debería vivir oculto en Rusia y reconciliarse con los mencheviques, dos exigencias a las que haría frente con humildad⁶², inspirado más por los deberes de un redentor que por

delegados dimitieron en masa. Los economicistas, también llamados legal-marxistas, tenían, según Lenin, «el programa de confiar a los obreros la lucha económica y a los liberales la lucha política [...] despojando al marxismo del más mínimo espíritu revolucionario» (CW, vol. 21, pág. 295).

⁵⁹ Lenin en Souvarine, 1939, pág. 40.

⁶⁰ Kamenev en MIA.

⁶¹ Sobre Place, véase vol. II, pág. 229.

⁶² Salvará la primera argumentando que la libertad del líder no debería arriesgarse, y la segunda «porque no soy una máquina, ni puedo olvidar los insultos de Plejanov y Martov». Con más humildad todavía aceptará que se desoigan sus llamamientos al golpe desde agosto hasta finales de octubre, en 1917.

ambiciones de eminencia. Sus camaradas le reprocharon dividir a la izquierda, sin comprender aún que solo la pureza ideológica justifica reclamar eventualmente el monopolio político.

En efecto, desde *whigs* y *tories* los partidos políticos compiten por el voto popular con distintos programas de gobierno, mientras Lenin ofrece un partido provisto de programa aunque no hipotecado al dictamen de las urnas⁶³, cuya independencia deriva de representar lo que el *Manifiesto* de 1848 llama «inmensa mayoría». Cuantitativa en principio, dicha magnitud comprende no solo al explotado consciente de serlo, sino al inmerso aún en la alienación individualista; de ahí rechazar el mero recuento de votos y encomendarse a una minoría tan exigua como selecta, algo que crea dos conjuntos inversos por extensión e intensión. El extenso, idéntico a «los últimos» del comunismo evangélico, lo componen «pobres, afligidos y perseguidos»⁶⁴, tres circunstancias tan heterogéneas como las del balsero, el paciente psiquiátrico y el encarcelado; pero el conjunto intenso compensa esa heterogeneidad canalizando su descontento genérico sobre «los primeros», que —en palabras del más antiguo profeta bíblico— son los satisfechos con el estado de cosas⁶⁵.

El comunismo antiguo confió a Dios el castigo de esos gozadores, atemperando su llamamiento a la guerra civil con el precepto de amar al prójimo. El moderno, animado ya por planes eugenésicos, ve en el enemigo de clase una impureza contagiosa, cuya liquidación no admite esperar a la otra vida. Por lo demás, en la comuna de Jerusalem abolir la propiedad privada de dinero y otros bienes —confiándolos a doce apóstoles encargados de distribuirlos⁶⁶— fue premiado con un Espíritu Santo que se derramó entre sus miembros como elocuencia y don de lenguas. En la comuna bolchevique abolir las clases creó «un Partido

⁶³ Más de medio siglo antes, Blanqui luchó por impedir los primeros comicios libres franceses —y europeos—, como líder de una Sociedad Republicana Central que es el precedente del partido político ajeno a reveses electorales (véase vol. II, pág. 150). Pero a la hora de organizar el detalle nunca trascendió el molde de la sociedad secreta carbonaria, y solo Lenin asumió el trabajo de construir y sufragar un partido propiamente dicho.

⁶⁴ *Mateo* 5: 3-6. La condición para «entrar en el reino prometido» es una pobreza de espíritu equivalente a credulidad, que permite «volver al estado infantil» (ibíd., 18: 2).

⁶⁵ «¡Malditos sean quienes disfrutaban apaciblemente!» (Amós, 6: 1).

⁶⁶ Sobre la hacienda de aquella comuna, véase vol. I, págs. 162-163.

que siempre está en lo cierto»⁶⁷, cuyos miembros serán intocables para la policía política hasta la entronización de Stalin⁶⁸.

Su infalibilidad le viene de «ser la vanguardia adaptada a las necesidades de cualquier organización proletaria»⁶⁹, que previene veleidades individuales con centralismo y obediencia estricta. Hasta entonces ambos principios servían los intereses del monarca personal, pero el Partido los renueva con un «nosotros» que funde administración militar e ideológica, preservando el espacio del viejo dogma con la flexibilidad de una «línea general», en ocasiones tan audaz como la immaculada concepción⁷⁰. Desde entonces, la nostalgia de una izquierda unida pasa por alto que el cisma fue la condición de existencia para un núcleo infalible e inmortal, que es al fin la parte-todo y está preparado para no dejar nada fuera de su vigilancia. Como la conciencia protocristiana en su día, la conciencia roja debe combatir simultáneamente a enemigos internos y externos —herejes y paganos entonces, revisionistas y capitalistas ahora—, pero el Partido ofrece lo que Ibn Jaldún llamó *asabiya*, el foco de una cohesión grupal que trasciende el egoísmo y la finitud del individuo.

⁶⁷ Lo confirma el propio Trotsky (*Bolshevik* 16, 1/9/1925), a despecho de que esté empezando a ser perseguido por la mayoría de sus antiguos colegas.

⁶⁸ Lenin nunca encarcela a un camarada, aunque le cueste ser acusado de connivencia en el caso de R. Malinovsky, diputado bolchevique en la Duma y agente de la Ochrana durante diez años. Cuando confiese *motu proprio* admitirá que Zinoviev mande fusilarle, añadiendo que «sus servicios a la revolución superan en todo caso sus servicios a la reacción».

⁶⁹ Lenin, en Russell 1920, pág. 80.

⁷⁰ Por ejemplo, entre 1923 y 1933 la línea general para el partido comunista alemán es aliarse parlamentariamente con los nazis contra el «social fascismo» del SDP, aunque esto suponga llevarles al matadero y al campo de concentración.
